

La avaricia

Por ENRIQUE GUARNER

El concepto del dinero influye en forma determinante nuestras aspiraciones y reacciones o emocionales, en cuanto a nosotros mismos, la familia y hasta los amigos. El significado del capital está delimitado desde la infancia por los padres, los maestros, la religión y el ejemplo que nos dan los demás.

La actitud normal hacia el dinero es la de pensar que es una forma de obtener los objetos y no un fin, porque en sí mismo, nos permite satisfacer las necesidades. Lo lógico es gastarlo y a medida que tengamos mayor riqueza habrán mayores adquisiciones y menos frustraciones. El psicoanalista Otto Fenichel decía que si una persona pensara racionalmente no tendría el impulso a capitalizar y solamente buscaría solventar sus principales necesidades. Sin embargo, aunque esta idea pudiera ser sensata, siempre existirían personas con otras demandas y que se volverían ricas en la persecución de metas que fueran válidas para ellas.

Desde el punto de vista de la realidad, no todas las gentes tienen la misma oportunidad para acumular el dinero. Una cuestión que muchos nos preguntamos es el por qué el 90% de los habitantes del planeta no logran satisfacer sus necesidades básicas y esto sucede cuando sabemos que los recursos existentes deberían producir lo contrario.

En general, la paz en la mayoría de los países que pertenecen al Tercer y Cuarto Mundo, es mantenida por medio de la fuerza, o más frecuentemente una injusticia penal. Otro procedimiento es el ficticiamente empujar a los pobres hacia la meta de alcanzar a los ricos. Con ello la deprivación es aceptada a través de la fantasía improbable de un mejor futuro. Uno puede asimilar la opulencia de los demás soñando con la posibilidad psicológica de adquirir lo que aquellos poseen. Esta quimera sirve para esconder lo que Marx llamaba la «lucha de clases».

En realidad, el dinero tiene el poderoso efecto de disminuir nuestra ansiedad. En un mundo cambiante y en crisis constante, la búsqueda del capital está principalmente motivada por la idea de adquirir seguridad. El individuo común y corriente se vuelve competitivo y se autovalora a medida que su trabajo vale más. Esta última situación tiene mucho que ver con la autoestima.

Para el hombre prehistórico la comida constituía el ritual sagrado, con el cual se identificaba la tribu al obtener con el alimento la energía indispensable para proseguir la lucha por la vida. La obtención del mismo, frecuentemente exponiéndose al peligro daba a los cazadores la máxima expresión del heroísmo y la devoción hacia los demás.

En contraste, nuestra sociedad ha fragmentado al ser humano y éste solamente sueña con acumular la riqueza para él. Un análisis del temor a la pobreza nos demuestra que la pérdida de las posesiones equivale a una disminución de nuestro narcisismo. Por ello, el dinero es un símbolo de la estabilidad y del lugar que uno ocupa dentro de la sociedad.

Resulta curioso el que el dinero como tal ni siquiera exista, puesto que la mayoría de las transacciones económicas son llevadas a cabo a través de cheques o tarjetas de crédito. La riqueza se ha convertido en documentos o papeles. Los mismos bancos llenos de mármol constituyen una especie de templos y el director de la institución es una suerte de sacerdote. Todo esto no se aleja de aquello que sucedió en el pasado. En Babilonia el templo era el lugar donde se guardaba la moneda.

Lo mismo puede decirse de Grecia y Roma con la diferencia de que ya para entonces se conocía el oro como el intermediario financiero. La palabra moneda tiene sus raíces religiosas, puesto que en la mitología latina Juno fue la esposa de Júpiter y la Reina de los Cielos. Debido a sus cualidades protectoras ella era la que avisaba de los peligros. En el templo Capitolino, los romanos construyeron un templo a Juno como expresión de agradecimiento a sus consejos y advertencias. Cuando el imperio romano decidió acuñar la moneda, se colocó la riqueza en el templo que se denominó Juno Moneta, partiendo el último vocablo de la idea de avisar. Posteriormente los francos transformaron la palabra en monnais, los españoles en moneda y los habitantes de las islas británicas lo convirtieron en money.



sábado 3 de marzo de 1990

Reflexiones sobre la avaricia

En su Diccionario Filosófico, Voltaire nos dice: «No llamamos avaro al hombre que siendo dueño de 24 caballos de tiro, se niega a prestar un tronco a su amigo; tampoco denominamos avaro a quien tiene una bodega con 2,000 botellas de vino de Borgoña para su uso particular y no nos regala media docena. Tampoco a quien posee diamantes, que valen 100,000 escudos si le demandamos uno que valga 50 luises y no nos lo presta. Lo tendremos por hombre opulento, pero no por avaro. Quien en negocios de la provisión de ejércitos o en grandiosas empresas gana dos millones anuales y sin embargo hace préstamos a un porcentaje tampoco pasa por avaro ante la opinión pública. Sin embargo, todas estas personas se atormentaron por su insaciable sed de adquirir y su codicia les hizo acumular caudales hasta el último día de su vida. Esa satisfacción de gastar la décima parte de su renta adquirió la reputación del desempleo con el fin de consumir».

Podría decirse que el filósofo tenía cierta razón dado que para entrar en la categoría del avaro, el hombre requiere gastar un mínimo y ahorrar un máximo. La usura significa más que nada una inhibición del dispendio y una acumulación de capital, sin que esto último se convierte en objeto alguno que sea visible.

Algunas personas afines a la avaricia le han dado calificativos moderados a los que la practican. Es así como se consideran conservadores en su gastar, y ciertos individuos que desembolsan lo indispensable y casi nunca gozan los lujos. También se habla de personas económicas, porque buscan las gangas, o sea obtener los objetos a precios bajos.

Sin embargo, lo más común es que el avaro recibe toda suerte de vocablos peyorativos como: agarrado, cicatero, usurero, tacaño, mezquino y hasta miserable.

La consecuencia del egoísmo es la avaricia y la persona que la padece no es capaz de dar nada. Lo único importante es obtener la riqueza y detrás de ella se encuentra la idea de ser robados y envidiados. Para el avaro no existe un sufrimiento mayor que el gasto y todo se subordina al ahorro. La acumulación compulsiva del mismo lleva aparejada la obsesión de cómo guardarlo y mantenerlo en secreto. El tacaño nunca puede gozar de nada y se indigna cuando alguien trata de sacarle alguna ventaja. Por ello se vuelve suspicaz y todo el tiempo se defiende de sus enemigos imaginarios que pudieran acercarse para pedirle dinero.

El avaro obsesivo no tiene capacidad para relacionarse con los demás porque piensa que quieren privarlo de lo que más ama. Por ello viven como ermitaños y son rechazados hasta por sus propios hijos. Esta misma situación reafirma su convicción de que pueden ser despojados de su capital y para defenderse refuerzan su aislamiento afectivo.

Los estudios clínicos demuestran que en su infancia los avaros fueron privados del amor materno y que sufrieron severos castigos y disciplina. Contra lo que era de esperar, la pobreza no resultó común en la mayoría, sino que su posición económica en la sociedad era la de pertenecer a la clase media. Simbólicamente el dinero es una transformación de la seguridad de la que carecieron.

Terapéuticamente cambiar a un avaro hacia la generosidad es una empresa difícil. Una de las razones parte de que socialmente se considera el ahorro como algo positivo y que muchos argumentan haber guardado el dinero para cuando fueran viejos. Lo cierto es que aún llegando a una edad avanzada se permanece acumulando y hasta se incrementa la insensibilidad hacia el medio que los rodea.

Finalizaré diciendo que la avaricia se ha desarrollado cada vez más en la época actual, en donde existen maneras más injustas para enriquecerse y en las que el capitalismo confiere mayor poder y omnipotencia que en el pasado. San Pablo tenía cierta razón al decir que: «la avaricia es la raíz de todos los males de la humanidad».